

doras de la Unión de las Mujeres Italianas y, desde su juventud, se ha mostrado como una de los cuadros comunistas más sensibles a la "cuestión católica", al problema religioso.

"La aportación esencial de Togliatti tuvo dos vertientes: una de ellas referida a la línea política; otra, al carácter mismo del partido. A él se debe, principalmente, la 'vía italiana al socialismo'; es decir, una línea política por la que el PCI se convirtió en un partido nacional, en un partido de gobierno, aunque estuviera en la oposición, capaz de presentar en cada momento propuestas positivas para la resolución de los problemas políticos de nuestro país. Y, al mismo tiempo, fue el artífice de la transformación del PCI en un partido de masas..."

Testigo de excepción de la historia de la República italiana, la compañera de Togliatti tiene una opinión muy clara respecto a la situación que explica el monopolio del poder ejercido durante más de veinticinco años por la Democracia Cristiana.

"El monopolio democristiano se debe a muchos factores. Uno de ellos, sin duda, es el apoyo que le prestó la Iglesia católica. Este hecho ha sido fundamental, ya que en Italia, por una antigua tradición, el peso de la Iglesia ha sido determinante. Pero no sólo se debe a ese factor, con haber sido importante. Cuando se sale de un largo período de carencia de vida política, como ocurrió en Italia tras la liberación, las masas despolitizadas difícilmente se orientan hacia partidos renovadores. Tienen miedo y, por su naturaleza conservadora, votan a partidos como la Democracia Cristiana... En 1944-45, por ejemplo, el PCI era el partido más organizado y el que había jugado un papel más importante en la guerra de liberación. Y, sin embargo, cuando entraron en juego todas las masas populares, a través del sufragio universal, votaron a la Democracia Cristiana, que tenía menos organización, pero que les daba 'seguridad' a esas masas despolitizadas..." ■



Thorpe, con su familia: un veredicto absolutorio, pero una carrera política truncada.

La sociedad y la justicia

THORPE: INOCENTE Y PERDIDO

PROBABLEMENTE la vida de Jeremy Thorpe, presidente en tiempos del Partido Liberal y diputado electo por ese partido durante más de veinte años en una misma circunscripción, no se ha acomodado nunca a las normas puritanas de la moral victoriana. Probablemente también, nadie en Inglaterra se acomoda ya a esa moral —salvo algún vicioso del puritanismo—; pero está flotante y, a veces, se exige de un político que esté por encima de la vida en la que están sus electores. Jeremy Thorpe acaba de salir victorioso, declarado inocente, de un turbio proceso en el que la palabra homosexualidad se quedaba en la sombra, pero oscurecía todo. Inocente, pero con la carrera perdida. Hay casos presentes: el de Profumo o el del senador Kennedy en los Estados Unidos.

Jeremy Thorpe tuvo tal vez alguna relación con un modelo masculino, Norman Scott; un mitómano, que a veces se hacía pasar por aristócrata y ser titulado "muy honorable", que proclamó rápidamente que era el amante del jefe del Partido Liberal. Como ha llegado a suceder más de una vez, el Partido Liberal, de considerable minoría en el Parlamento, era entonces árbitro de la Cámara al inclinar sus votos hacia un partido u otro. Thorpe tenía una situación política que le rodeaba de enemigos. Sus tendencias homosexuales eran conocidas, y se decía que sus matrimonios eran una cierta tapadera. (Casado una primera vez, quedó viudo como consecuencia de un accidente de automóvil; se volvió a casar con una pianista muy conocida, divorciada de un primo de la Reina: no le ha abandonado ni un solo momento.) Probablemente, Norman Scott pasó de la petulancia de declarar su "amistad particular" a un cierto chantaje. Thorpe pasó del intento de persuasión a la necesidad de pagar; probablemente algún dinero de la caja del partido (cuyo tesorero se sentaba también

en el banquillo) fue a parar a manos de Scott. Si éste fue insaciable, se recurrió a las amenazas. Lo cual fue peor: Scott comenzó a anunciar que Thorpe y sus amigos trataban de asesinarle. Jeremy Thorpe acudió al Ministerio del Interior para explicar el caso. Pero la prensa ya se ocupaba de todo. Una cierta prensa, naturalmente. Observemos que en Londres la vieja moral victoriana no la sostienen los grandes periódicos serios, sino una prensa de escándalo cuya moral, cuya ética profesional, resulta en sí muy dudosa. El perro de Scott apareció muerto: éste denunció inmediatamente que Jeremy Thorpe había pagado a alguien para que le matase, pero que éste había fallado y sólo había conseguido matar al perro.

El juicio ha sido largo. Se ha puesto de manifiesto, sobre todo, que Thorpe ha luchado contra un cierto sentido de la moral, que ya no impera para la mayoría de la sociedad, y que probablemente lo ha hecho con torpeza. El Jurado —nueve hombres y tres mujeres— ha deliberado largamente: le ha declarado absuelto. La defensa había conseguido que el tema de la homosexualidad no apareciese; pero no ha dejado de estar presente. Jeremy Thorpe, inocente según el veredicto del Jurado y el fallo del juez, ha salido a la calle acompañado de las dos mujeres que le han sostenido continuamente: su mujer y su madre. Todo el mundo hace ahora declaraciones favorables a este hombre que ya no es presidente del Partido Liberal, que ya no es miembro del Parlamento: porque su carrera ha quedado irremediadamente perdida. Como si tuviera que pagar su inocencia. El fantasma de una moral pasada, la necesidad de venta de ejemplares de la prensa de escándalo, la actuación de un chantajista mitómano, no han conseguido encarcelarle; pero tienen todavía suficiente fuerza, en un país considerado libre, como para romper la carrera de un hombre. ■